

Lina Beck-Bernard o la alteridad infinita: hablar y ser hablado por el otro

Lina Beck-Bernard or the infinite otherness: speaking and being spoken by the other

DOI: 10.61820/dis.2683-3298.2202

Federico Oscar Alcala Riff 

Universidad Nacional de Córdoba / Instituto de Humanidades / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Córdoba, Argentina
alcala.federico@hotmail.com

Recibido: 10 marzo 2026 / Aceptado: 15 mayo 2026

RESUMEN

El objetivo del presente artículo es analizar la representación de la alteridad en la obra de Lina Beck-Bernard a partir de un estudio del diálogo que su escritura establece con la tradición occidental. La metodología empleada combina el análisis del discurso y una comparación de sus textos con otras fuentes históricas y literarias, a fin de identificar prácticas discursivas que articulan la relación entre el yo y el otro. Esto se realiza a partir de la propuesta de la categoría de *alterema*. Los resultados muestran que Beck-Bernard no solo describe lo que construye como otredad, sino que se posiciona dentro de una dinámica de interpelación mutua, donde hablar y ser hablada por el otro construyen un espacio de tensiones políticas que exceden su propio marco histórico.

Palabras clave: alteridad, enunciación, Lina Beck-Bernard, literatura comparada, literatura de viajes

ABSTRACT

The objective of this paper is to analyze the representation of otherness in the work of Lina Beck-Bernard through a study of the dialogue her writing establishes with the Western tradition. The methodology employed combines discourse analysis with a com-

parison of her texts to other historical and literary sources, to identify discursive practices that articulate the relationship between the self and the other. This is carried out through the proposed category of altereme. The results show that Beck-Bernard not only describes what she constructs as otherness but also positions herself within a dynamic of mutual interpellation, where speaking and being spoken by the other create a space of political tensions that exceed her own historical framework.

Keywords: comparative literature, enunciation, Lina Beck-Bernard, otherness, travel literature

INTRODUCCIÓN

Lina Beck-Bernard publicó en 1864 el libro *Le rio Parana. Cinq années de séjour dans la République argentine* en Francia y, con este, abrió sin proponérselo, una multitud de curvas de alteridad que desde entonces se han cruzado y diversificado. Entiendo por curvas de alteridad aquellos elementos del texto en sentido amplio (el cuerpo del texto, pero también los paratextos, las traducciones, los comentarios, etcétera) que permiten pensar alguna dimensión del problema teórico y práctico de la alteridad: la representación del otro, el diálogo con el otro, el ser representado por el otro, la verdad y el error (más los matices) en el discurso del y sobre el otro, las alteridades geográfica, temporal, nacional, de género y lingüística, entre otras.

Todo texto participa, en alguna medida, de algunos de estos problemas o permite pensarlos desde alguna perspectiva. El libro de Beck-Bernard tiene la particularidad de que parece agruparlos a todos, a veces de manera fortuita, otras como una potencia que solo se actualiza muchos años después, o por decisiones editoriales. En cualquier caso, el libro se ubica en el centro de una red de curvas de alteridad que salen disparadas y se cruzan entre sí en el afuera; se tocan como funciones en un gráfico que alcanzan el mismo valor en el mismo punto y, luego, se desparraman a lo largo del tiempo, variando su forma y su intensidad según el caso.

El libro es, visto así, un punto ciego, un origen vacío de una red cuya identidad se va transformando a lo largo del tiempo, a través de las traducciones y las ediciones sucesivas. Las partes no se entienden bien sin el todo y lo que es el texto hoy no se entiende sin lo que fue y sin lo que lo hicieron ser.

ALTEREMA, UNIDAD MÍNIMA DE LA OTREDAD

A los fines de pensar estos temas voy a proponer una categoría que, hasta donde pude investigar, no ha sido planteada todavía. Es una categoría que nace anticuada

o incluso anacrónica: hubo un momento en la academia occidental en el que todo se pensaba en términos de unidades mínimas, fundamentalmente bajo la impronta estructuralista: el sema, el lexema, el fonema, el mitema y hasta el subjetivema. Actualmente este modo de pensar se encuentra en desuso sobre todo porque se entiende que aquellas estructuras, es decir, aquellos sistemas no son tan sólidos: tienen sus fallas, sus grietas y sus contradicciones. Las unidades mínimas ya no garantizan un todo que sea más que la suma de sus partes porque ellas mismas se vieron amenazadas por el fin del estructuralismo.

De cualquier manera, sigue siendo posible pensar la categoría en términos de unidades mínimas, en la medida en que se la considere desde una perspectiva relativamente laxa: no es un ladrillo que ayuda a componer una pared lisa y perfecta, es más parecida a una partícula como se la comprende en la física cuántica, es decir, una partícula cuyas características se encuentran parcial pero indefectiblemente indeterminadas.

Llamaré a esta categoría el “alterema”: una suerte de unidad mínima de irrupción del otro en los textos, de irrupción de la otredad en un texto cualquiera. En este caso, la indeterminación principal tiene que ver con la definición de la otredad: hasta que no estudiemos el texto, no podremos estar seguros de qué significa la otredad en ese contexto (y aun así...). La unidad tendrá que ser definida casi en el mismo acto de encontrarla, lo cual reviste cierto carácter paradójico, pero nada impide que así ocurra. El nombre, evidentemente, no es arbitrario. *Alter* proviene del latín y designa al otro, al que no es uno mismo o incluso a uno de los dos (como en *alternativa*): es la raíz que la filosofía y las ciencias humanas han privilegiado para nombrar la otredad en tanto categoría relacional. El sufijo -ema, como ya mencionamos, proviene de la tradición lingüística estructuralista: designa una unidad mínima con valor funcional dentro de un sistema.

El alterema puede ser entonces una palabra, una frase, un párrafo. Basta que podamos justificar que ahí el texto está invocando a uno de sus otros, poniendo sobre la mesa, a la vez, con toda su complejidad, al otro y a su representación. Que un europeo diga “los africanos...” es hacer aparecer a ese otro y hablarlo, en una dualidad que nunca se resuelve del todo: nunca aparece el otro tal cual es (y, en todo caso, eso no ocurre nunca en ningún contexto), ni tampoco es una mera ilusión del yo: hay una fricción entre esas dos dimensiones que permanece como tal.

Brunel ha rondado estos territorios en “El hecho comparatista” al identificar el núcleo del comparatismo en la emergencia del elemento extranjero. Él entiende por extranjero a un elemento que puede ser una palabra en otro idioma, una cita textual o una referencia no textual literaria y finalmente una referencia al mito

(1994, p. 21). Si ampliamos un poco la frontera comparatista, debemos agregar también otra dimensión de la otredad que no tiene que ver exclusivamente con citar al otro (ya sea en el uso de una palabra en otro idioma o en una referencia a un texto o mito), sino con hablar al otro, traerlo al texto en tanto otro. Por ejemplo, ¿qué pasa cuando en un texto se menciona una identidad étnica o geográfica? ¿Qué pasa cuando alguien dice “los europeos” en un texto? ¿Qué cambia si eso se dice desde Europa o se dice desde América o África?

En este punto nuestra propuesta se roza y al mismo tiempo se distingue de otra tradición comparatista: la de la imagología. Tal como la define Leerssen (2007), la imagología estudia la construcción cultural y literaria de imágenes nacionales, es decir, los estereotipos y representaciones del extranjero que circulan entre literaturas y culturas. Su unidad de análisis privilegiada es temática y relativamente estable: la imagen de “el francés”, “el español”, “el bárbaro”, figuras que se repiten y sedimentan a lo largo del tiempo. Como veremos, esta aproximación resulta relevante para nuestra propuesta, pero pretendemos exceder esos límites. El alterema opera en un nivel más amplio e inestable: no presupone que la imagen del otro sea identificable de antemano necesariamente, sino que debe ser definida en el mismo acto de encontrarla en el texto. La otredad que interesa a los fines de pensar el alterema no es solo la del extranjero nacional o cultural sino cualquier forma de irrupción del otro en la escritura, con toda la indeterminación que eso supone.

De hecho, se puede ir más lejos en la propuesta de análisis: aquellos casos en los que el texto presenta la mirada del otro sobre el yo. Es decir, a la pregunta por la representación de la otredad en el texto se le puede añadir la pregunta por la representación de la otredad del otro o cómo el otro se representa la otredad, siempre filtrado por la voz textual. Es decir, indefectiblemente el otro es hablado en el texto, nunca se obtiene su presencia pura, como dijimos, pero en su aparición también se registra el agrietamiento del yo. La irrupción del otro, la “emergencia”, como la llama Brunel, produce un efecto de extrañamiento en el texto y a la vez un efecto sobre el lector, que reconoce entonces la ambigüedad de esa voz que es un yo, pero que también es, como puede, el otro.

Finalmente, hay otro caso igual de interesante que se verifica, además, en el libro de Lina Beck-Bernard: cuando la voz de un otro irrumpe no en el texto sino *contra* el texto. Este es el caso de un traductor o un editor que *corrigen* el original, que agregan elementos o que opinan sobre lo que se dice en él. Esa alteridad es de otro orden, mucho más radical porque no ha pasado por el filtro del yo. Se trata de unos alteremas exóticos, no tan frecuentes (salvo en el caso del traductor), pero muy potentes en cuanto al análisis de la otredad en los textos.

Cualquiera sea el caso, lo que tenemos es siempre una graduación del otro: la otredad se presenta en distintos grados, nunca en alguna pureza ideal o general. Los matices del otro irrumpen a veces suavemente, otras con algo de brutalidad. A la vez, no existe la ausencia total del otro, lo que equivale a decir que el yo tampoco llega a ser nunca enteramente igual a sí mismo. El yo y el otro son los extremos tendenciales de una escala de grises que jamás alcanza esos puntos máximos, solo puede acercarse a uno o al otro en mayor o en menor medida.

Podríamos hermanar estas reflexiones con las que ha realizado Crolla al referirse a la mirada estrábica en los textos de Beck-Bernard y otras escritoras viajeras. Se ve fácilmente cómo las consideraciones simbólicas respecto del estrabismo pueden articularse con lo que supone el ingreso de la otredad en el texto: “el mismo objeto se duplica, esfumándose los contornos y emergiendo otras angulaturas, otras proyecciones” (2022, p. 2). Es decir, el otro podría ser uno de los ejes a partir de los cuales la mirada se torsiona y se duplica, para que el objeto pierda para siempre su identidad supuesta y se convierta en una fuente de dispersión.

También utilizaré, hacia el final, ciertas herramientas bajtinianas para tratar de entender cómo funciona la incorporación de la voz del traductor en las notas al pie, un fenómeno bastante notable por cuanto se trata no solo de aclaraciones, sino también de correcciones directas de datos que la autora menciona o incluso de opiniones. Ese modo de emerger de la otredad merece una consideración en sus propios términos y a través de conceptos que puedan dar cuenta de la complejidad discursiva del caso.

De cualquier manera, en este trabajo analizaremos solo alguna de esas distintas posibilidades alterémicas que mencioné antes. La selección tiene que ver con aquello que en el texto de Beck-Bernard tiene mayor presencia, aquello que con mayor insistencia se repite a lo largo del libro.

EL OTRO LINGÜÍSTICO

Quizás la aparición de palabras extranjeras sea el modo más simple y directo de emergencia de la otredad en un texto, es decir, el alterema elemental. Incluso en una traducción suele ser fácil de identificar por el cambio en el estilo tipográfico (aunque no siempre es así). Sin embargo, que sea fácil de identificar no quiere decir que no tenga cierto volumen de complejidad porque el rol de esos elementos extranjeros en el texto puede variar según el contexto en el que aparezcan. Ya ese cambio de tipografía nos ubica frente a un cierto estrabismo, para volver a la terminología de Crolla (2022): una mirada con dos ejes.

En principio, en el caso del texto de Beck-Bernard, las palabras o frases en otros idiomas (recordemos que ella escribe en francés) van acompañando su propio itinerario, como si se fuera contaminando de esos idiomas a medida que pasa por los países correspondientes. Así, parte de Inglaterra y anota la respuesta que le dio un marinero, cuando le preguntó por el terrible viento que azotaba la nave en Southampton: “*Only wind by the side*” (2001, p. 12).¹ En la misma página aparece lo siguiente: “Un marino resuelto, el *boatswain* (contra maestre), arriesga la vida por nosotros” (p. 12). Podemos especular que, en el primer caso, era una frase simple, mientras que, en el segundo, se trata de una palabra técnica: si esa fuera la razón por la que la autora incorpora ella misma una traducción podríamos decir que Beck-Bernard está calibrando cuánto saben del otro los propios, y cuánto del otro puede ingresar en su texto sin que se pierda el horizonte mínimo de comprensión que espera entre los suyos.

Diferente es el caso de los vocablos del español de Argentina, que parecen requerir siempre de una traducción o algún tipo de explicación: “Son los *ranchos* o habitaciones de las estancias” (p. 39), “Sacudidos por un rudo *pampero*, o viento del sur” (p. 41), “El avestruz gris o *ñandú* vive en el Chaco” (p. 160), “Las pequeñas quintas o *chacras*” (p. 135), “Es una *quemazón* o incendio de campos” (p. 135). Hay, obviamente, muchos otros ejemplos, pero con estos alcanza para visualizar el mecanismo de presentación de la otredad y de absorción inmediata de lo otro en lo mismo a través de la sintaxis. La conjunción “o” cumple la función de reducir lo desconocido a lo conocido al establecer una equivalencia; sin embargo, la traducción siempre adolece de una especie de carencia que se cubre con exceso, con perífrasis: a una palabra le corresponde una frase, como si el otro no tuviera traducción plena en la mismidad, como si se resistiera a ser traducido. Beck-Bernard realiza ese esfuerzo de hacerle familiar lo desconocido a su propio “nosotros” que para el caso es un nosotros europeo, como se deduce fácilmente de lo que vimos en el caso del inglés y de lo que veremos más adelante.

De hecho, cuando se encuentra en un ámbito europeo (por ejemplo, cuando está todavía en Portugal) o cuando las palabras extranjeras corresponden a un idioma estrictamente europeo, más allá de estar en América, no hay traducción ni aclaración por lo general: se supone que el lector sabrá reponer el significado correspondiente. Es el caso de las palabras en italiano: “Palermo es una *villa* a la manera italiana” (p. 57), “Encima del pórtico hay una especie de *loggia*” (p. 97) o de los

¹ Las cursivas son de Beck-Bernard. No se ofrece una traducción, ni por parte de la autora ni del traductor, quien en otras ocasiones elige hacer algunas aclaraciones.

fragmentos en latín, que pueden provocar un efecto de distinción o de marca de alta cultura: “Es un *memento mori* que han hecho bien en conservar” (p. 23) o “*mea-culpa*” (p. 98).²

Hay algunos casos particulares en los que a esta emergencia del otro en forma de palabra extranjera se le suma la emergencia del otro textual, el traductor, que se ve obligado a intervenir. Por ejemplo, cuando Beck-Bernard habla de una *venta de vinos* y en nota al pie, como nota del traductor, leemos: “En español en el original” (p. 19). Esa intervención es necesaria para el lector hispanohablante, porque el efecto de palabra extranjera se perdería de no mediar eso en la traducción.

En otros casos, el traductor no interviene y no queda claro si Beck-Bernard conocía el significado de la palabra. Por ejemplo, cuando le pregunta la edad a una señora y esta no puede contestarle “porque ha perdido su *papelito* (partida de bautismo) en tiempos de guerra” (p. 111). ¿La traducción de “papelito” por “partida de bautismo” es una especie de recorte del proceso para no extenderse en una explicación de ese diminutivo o así se lo explicaron a la autora? Ella conocía al menos parcialmente varios idiomas, así que es de esperar que se trate de la primera opción: ella hace ese salto para ahorrarle a su lector europeo una explicación más larga. Y sin embargo hay en el gesto un borramiento del otro, una insalvable incompreensión, una interferencia entre el habla de esa señora que dijo “papelito” y el lector europeo no hispanohablante que lee que “papelito” en español es “partida de bautismo”. Por otra parte, se juega en ese fragmento una dimensión subterránea o una curva de otredad más pronunciada: la de la clase social en relación con el nivel educativo. La señora llama “papelito” a aquello que en verdad involucra un término técnico de la burocracia civil y que desconoce o ha olvidado. Ese desconocimiento u olvido puede leerse al menos de dos maneras: por un lado, podría ser la otra cara de la moneda de su identidad horadada, es decir, el Estado borra con el codo lo que escribió con la mano al perder en la fragilidad de un “papelito” las coordenadas de nacimiento de un sujeto-ciudadano. Por otra parte, una lectura crítica podría proponer que se trata de un gesto de resistencia pasiva ante la invasión del Estado-nación que pretende homogeneizar lo que intenta persistir en su singularidad. En otras palabras, ¿el año de nacimiento era algo realmente importante para la señora y para su comunidad o saber eso es apenas una exigencia burocrática de un Estado que busca emular la tradición europea y estadounidense de registro de las personas? La señora “no sabe”, pero ese no saber no es necesariamente (o solamente) una forma de opresión, sino también de resistencia contra una forma de comprender la trayectoria subjetiva.

² Las cursivas en las citas son de Beck-Bernard, a no ser que se especifique lo contrario.

En otros casos el traductor es el que supone un conocimiento compartido y deja algunas palabras en francés, sin ningún tipo de aclaración: “y carecen de los objetos de *toilette* necesarios” (p. 36). La palabra “*toilette*” aparece en cursivas, pero sin traducción y no resulta probable que Beck-Bernard la haya escrito de otra forma que aquella que se usa en francés. Lo que ocurrió con toda probabilidad es que el traductor, dado el prestigio y el amplio conocimiento que se tenía de la lengua francesa en Argentina en la década de 1930 (cuando se tradujo) y lo común que resulta todavía hoy el uso de esa palabra en francés, decidió dejarla, pero a la vez marcarla con cursiva. *Toilette* pertenece a ese espacio fronterizo de las lenguas, ese espacio en el que los objetos, los espacios y las palabras mismas ya no pertenecen a un solo universo, sino que empiezan a rasgarse para participar de distintas lenguas a la vez, no siempre con idéntica función en cada una. Algo similar ocurre con: “el segundo *maitre d’hotel*” (p. 40), porque la expresión en francés es reconocible para un conjunto importante de hispanoparlantes. Lo interesante es esta mediación a través de la cual la voz del traductor, casi imperceptiblemente, convierte en vocablo extranjero algo que no lo era en el texto fuente. El efecto de otredad se distorsiona, si no entendemos esta palabra en un sentido peyorativo: en todo caso se dispersa o se multiplica en distintos niveles de lectura.

Por último, señalemos un caso especial: el de las citas bíblicas. Cuando Beck-Bernard introduce fragmentos de la Biblia en su texto (p. 13), el traductor decide utilizar la traducción de Cipriano de Valera antes que realizarla él mismo. La decisión es razonable: tratándose de un texto tan importante, con tantas versiones al español; realizar una traducción de fragmentos a partir del francés no tendría sentido.³ No obstante, introducir una tercera voz supone una tercera vía a los mecanismos que ya vimos: el de sostener la palabra extranjera tal cual la incorporó la autora o el de inventarla a partir de una serie de suposiciones sobre el lector en español. En el tercer caso, una voz externa viene a traducir aquello que ya era extranjero en el texto original.

HABLAR AL OTRO, SER HABLADO POR EL OTRO

Veamos el caso de lo que un poco ingenuamente podríamos llamar las representaciones del otro en el libro. Me refiero a aquellos momentos en los que la voz narrativa emite juicios o descripciones sobre personas o comunidades que

³ Las citas de la Biblia en la edición original están en francés, pero podrían haber estado en latín si no fuera porque Beck-Bernard era protestante.

identificamos como otredades respecto de esa voz. No es simple definir dónde empieza o termina esa otredad, porque es también una cuestión de grados, teniendo en cuenta que el libro se escribió en francés y se publicó en París, los ingleses, los portugueses y los españoles, al ser mencionados, forman parte de la otredad de esa voz, pero no es la misma otredad que constituyen los criollos americanos y mucho menos la que constituyen los indios con respecto a un nuevo nosotros que ya no es francés, sino europeo. En más de una ocasión el texto se decanta por una comparación entre el modo de vida argentino y el modo de vida europeo, de manera que el criterio de otredad resulta válido y no una mera especulación. Así lo indica Rodríguez, sobre el libro que estamos analizando: “la mirada imperial cristaliza sus descripciones” (2024, p. 17).

Mientras el viaje transcurre por Europa, en particular por Portugal y España, la otredad se multiplica en variables de clase: “Aquí no nos sentimos asaltados por una nube de pordioseros, como en Vigo” (p. 18); de estéticas: “Los trajes abigarrados de las mujeres” (p. 18); de género: “[Las mujeres de Vigo] son notables en ellas la flexibilidad del talle, la apostura del andar, los ojos de un negro de terciopelo y la fisonomía, sino siempre bella, por lo menos siempre característica e interesante” (p. 15); y solo lateralmente raciales o étnicas: “su tez tostada, que denuncia la sangre árabe” (p. 18), cuestión última que cambiará después. Hay un otro caleidoscópico que se desparrama ante la mirada con sus colores y sus formas: “Por doquiera encontramos la belleza plástica, la gracia de las actitudes, la poesía del gesto, de la mirada, junto a los harapos, la fealdad y la miseria. Estos contrastes pueden observarse a cada paso entre la población de Galicia” (p. 18).

A la vez, es un otro que produce un efecto de anacronismo, ya que recuerda insistentemente al pasado de Europa: “la rueca en una mano y la lanzadera en la otra, hace pensar en las parcas de la antigua Grecia” (pp. 15-16), “le ofrece de beber en un cántaro de la región, semejante a un ánfora romana” (p. 16) o también “una gran piedra sin labrar, colocada sobre otras dos, sirve de mesa y hace pensar en los altares druídicos” (p. 17). El otro temporal resuena en el otro geográfico, pero esa resonancia no parece salir de Europa como tierra conocida de la que, en el fondo, el yo participa. Portugal es, en todo caso, una suerte de frontera para el yo, por ejemplo, al hablar sobre la estatua de José III: “aparece grandiosa, de un tipo entre árabe y europeo” (p. 22). Lo “árabe” y sobre todo lo “morisco” son una especie de fascinación que reaparece una y otra vez. Los moros habitaron: “en esa tierra que fue suya y que no supieron conservar” (p. 21) y, podríamos agregar, que ahora es de los europeos otra vez, siguiendo la lógica de Beck-Bernard.

Distinto es el caso de la visita a Cabo Verde que, por entonces, era colonia portuguesa: ahí todo le parece africano a la voz que narra. Por un lado, Cabo Verde está efectivamente en África, pero el orden colonial distorsiona esa obviedad y hace que se produzca un efecto de sorpresa: “Todo es africano, el aspecto, el color, el cielo. Los habitantes son todos negros y visten como en África” (p. 26). En Portugal, lo africano se encontraba “en los patios” (p. 22), en esas plantas traídas de África y que al ingresar en dicho espacio es como si confirmaran la dominación a la que se encuentra sometida su tierra de origen.

Y entonces llega Brasil, donde el yo encuentra sus propios bordes problemáticos: “La atmósfera de los trópicos tiene algo de angustioso para los pulmones europeos” (p. 26). El *nosotros* europeo pasa a ser, a partir de entonces, tanto el criterio de comparación como la marca textual que establece las condiciones del lector modelo, para usar un concepto de Eco (1993): es ese sujeto europeo el que el texto parece construir como aquel que cuenta con las competencias adecuadas para activar las interpretaciones previstas. En todo caso, “es esa relación transatlántica que se teje y que constituye la trama del relato” (Rodríguez, 2024, p. 19).

A partir de ese momento, abundan las comparaciones de paisajes, situaciones y personas de América con lo europeo. En general, aunque hay algunas excepciones, lo americano se presenta como inferior en el libro de Beck-Bernard: “Entre toda esa multitud [...] no hemos encontrado un solo individuo —hombre, mujer o niño— que ostentara buen color y el aspecto saludable que se observa en las razas europeas” (2001, p. 34) o también: “Por el lado de la rada se levanta un pequeño fuerte, parodia de las fortificaciones europeas” (pp. 39-40). En otros casos la comparación es neutral en términos de valoración positiva o negativa: “Las aristas vivas de las montañas, las agujas, los dientes como diríamos en los Alpes, se dibujan sobre el cielo” (p. 30) o “Enormes laureles rosas, grandes como nuestros castaños de Europa, extienden sus ramas floridas” (p. 32). En el primer caso, la extensión simbólica del dominio colonial, aun más allá de sus límites formales, se entronca con la vieja idea de que el sujeto americano es intrínsecamente inferior al europeo. En el segundo caso, la referencia se corresponde con la traducción de las palabras americanas que vimos antes: hacer familiar lo desconocido a partir de una imagen conocida para ese lector que es a la vez un par y un aprendiz.

Ocurre también que el otro se parezca al otro, es decir, a *otro* otro: “Pasan las barcas de los naturales del puerto, semejantes en mucho a las embarcaciones chinas” (p. 28) o “La ciudad tiene un aspecto oriental” (p. 39). El yo (o el nosotros) parece estar tan bien definido, al menos en la fantasía del europeo decimonónico, que resulta difícil visualizar las diferentes otredades en tanto diferentes: los otros

singulares quedan integrados en una especie de cúmulo que desdibuja la heterogeneidad en favor de una narrativa dual que organiza el mundo entre lo occidental europeo y lo no occidental.

Por esa misma razón, cuando Beck-Bernard llega a Buenos Aires se encuentra con un panorama que le resulta familiar, porque es una Buenos Aires ya trabajada (aunque a pequeña escala en comparación con lo que vino después) por la inmigración europea. En su relato vemos que hay ingleses, italianos, franceses, alemanes, etc. pululando por la ciudad en todo momento. Incluso se produce un fenómeno curioso desde su óptica: la intervención de los europeos produce efectos superadores: “Los edificios nuevos, construidos por arquitectos italianos, son muy hermosos y de una originalidad y un buen gusto desconocidos entre nosotros” (pp. 55-56). Hay una novedad en ese otro que se organiza, en principio, con los parámetros europeos, pero que a la vez supera el marco de referencia y la vara con la que se mide lo bueno y lo bello. Hay un proceso de alterización que ocurre en el trasplante de Europa hacia América y que supone una modulación diferente de lo europeo y una emergencia singular de lo americano al mismo tiempo.

Esta identidad fronteriza se presenta como superadora en algunos aspectos, como si pudiera darse el caso de la suma de lo mejor de dos mundos que se tocan (y que deja latente la sombría posibilidad de hacer coincidir también lo peor de esos dos mundos). Es una tradición que se puede pensar como una genealogía de sujetos de la conquista, sujetos fronterizos y atravesados por una alteridad radical (el propio Colón, la Malinche, Núñez Cabeza de Vaca, entre muchos otros), que se actualiza en el proceso de migración de finales del siglo XIX y principios del XX. El mundo occidental parece dividirse en partes que no son iguales a sí mismas, otredades internas que lo multiplican y lo complejizan. Esas tensiones han sido muy bien descritas en la lectura que Batticuore hizo recientemente del libro de Beck-Bernard. El viaje de esta y, fundamentalmente, su escritura se pueden analizar en esta clave de alteridad, que Batticuore relaciona con la pregunta barthesiana sobre cómo vivir juntos:

No solo estar con los que son semejantes (otros colonos/as europeos/as que vienen con ansias de progreso al Paraná), sino también probar la vida o explorarse a sí misma, lejos de todo lo conocido. Probar de qué se trata realmente vivir juntos en esas tierras lejanas, abrirse a la intimidad que depara lo nuevo en un confín de América, *dejar que esa intimidad con otros muestre su docilidad, pero también su rechazo a los que son diferentes.* (2025, p. 47)⁴

⁴ Las cursivas son de Batticuore.

El recorrido de Beck-Bernard la lleva, efectivamente, a experimentar todos esos matices de las relaciones con el otro y consigo misma. El resultado es que la alteridad permanece en tensión: no se resuelve en asimilación ni en rechazo absoluto.

EL OTRO RELIGIOSO

Merece una consideración aparte algo que se relaciona con lo dicho al final del apartado anterior: Beck-Bernard encuentra que el respeto a la libertad de culto y el modo en que se la defiende es un factor distintivo de Argentina. No solo encuentra en Buenos Aires dónde ir a escuchar la misa en lenguas vernáculas (de lo más variadas, por otra parte) (2001, p. 54), sino que se sorprende a sí misma suponiendo que puede tener algún conflicto por ser protestante cuando eso no está ni cerca de ocurrir. Por ejemplo, en determinado momento, ya en Santa Fe, una mujer le pide que sea la madrina de su hijo: “Acepto con disgusto, en el temor de que el cura ponga dificultades. Pero me engaño” (p. 94). No solo no pone dificultades, sino que al decir la fórmula del ritual: “sustituye hábilmente la palabra *romana*, que podría chocarme, por la de *cristiana*” (p. 94). Como la palabra *romana* es la que supone la obediencia al Papa, el cura hace el cambio para que una persona protestante no se sienta incómoda. Estamos ante una curiosa torsión de la mirada en la que el eje de visión, orientado por el yo, descubre que a su vez puede ser objeto de una mirada, de una valoración y de una cierta praxis que proviene del otro. Aquello que era pensado fundamentalmente como el objeto de una mirada se constituye a su vez, de improviso, en sujeto. Este fenómeno se repite varias veces a lo largo del libro: el yo se construye con cierta superioridad civilizatoria frente al otro, pero su construcción presenta fisuras importantes, contraejemplos que, incluso en sus propios términos, ponen a Europa en una situación de inferioridad moral, para decirlo un poco pomposamente.

En otro fragmento se pueden ver estas tensiones con mucha claridad, no ya con respecto a la libertad de culto sino con respecto a la esclavitud: “Los americanos del sur, todo lo indolentes e ignorantes que se quiera, han dado a aquel país de América del Norte un alto y generoso ejemplo, porque aquí es un hecho la abolición de la esclavitud” (pp. 105-106). El contraste no es solo con Estados Unidos, sino también con Europa. Allá, según Beck-Bernard, hay buenos hombres que no llegan lejos porque las estructuras nacionales no lo permiten, mientras que: “En las repúblicas de América española, que forman los antípodas geográficos de aquellos países [europeos], y lo son también social e intelectualmente faltan los hombres, si bien existe una constitución admirable” (p. 106). Ese otro defectuoso

también se presenta como superior al yo o al nosotros en algunos aspectos. La tensión es constante porque la autora siempre está evaluando y pone en juego no solo su criterio estético sino también ético. Los límites de esta forma de abordaje de la otredad se rozan con cierta práctica deconstructiva en el sentido de un yo que, en el marco de sus contradicciones, tensiones y relaciones de poder, consigue, con todo y casi en contra de su voluntad, *desedimentar* su propio marco interpretativo. Con desedimentar nos referimos a la posibilidad de conmover y desestructurar un conjunto de valores y formas de interpretar que se encuentran profundamente asentadas en el sujeto. Se trata de un vocablo utilizado fundamentalmente en estudios deconstruccionistas (Aburto, 2014; Vélez, 2012).

Además, se suma el factor colonial. La esclavitud de América del Norte fue ciertamente diferente de la del Sur y Beck-Bernard lo atribuye a que “los españoles han sido siempre buenos amos” (p. 146). Es decir, el colonizador europeo sigue determinando el devenir de la cultura de los países ya independizados, aunque de modos sutiles: en el criollo resuena, desde esta perspectiva, el espíritu español. Esto se manifiesta en términos de raza: “La raza americana-española sabe conciliar el orgullo, la dignidad personal, con una bondad llena de sencillez, de generosidad, de compasión, amén de ciertas costumbres igualitarias con los inferiores” (p. 146).

Si jugamos brevemente con la dualidad naturaleza/cultura, vemos que Beck-Bernard construye una línea de continuidad entre esos dos mundos: “Por lo general, en este país, los animales en estado primitivo parecen no sentir la aversión de una especie con otra, como en Europa” (p. 163). Sea por aquella “indolencia” americana o por virtudes morales intrínsecas, pareciera que hasta los animales se comportan distinto en esta región. Hay un eco curioso entre el mundo animal y el mundo humano que la autora parece oír en sus idas y venidas entre la idiosincrasia europea y la americana.

EL OTRO ÉTNICO

Otro caso singular es el de la representación de los indios, que son una otredad radical para Beck-Bernard. En cierta ocasión, dando un paseo cerca del río, en Santa Fe, un indio se aparece de pronto o al menos ella no lo había visto. Entonces dice: “Este encuentro no me resulta nada agradable y propongo a mi acompañante que nos pongamos al galope” (2001, p. 137). Sin embargo, igual que con su rol de madrina, ese miedo se disipa cuando oye al indio alejarse al galope casi sin siquiera reparar en ella. La mirada del otro, que se supone acechante, se sustrae al yo permanentemente, en un esquema cuasi paranoico: el otro hostil no se actualiza nunca realmente.

Otro encuentro problemático ocurre cuando, justo en el momento en que los hombres que las acompañaban se habían alejado, ella y una amiga creen ver a unas mujeres, pero cuando se acercan son indios que se paran y se apoyan en sus lanzas. Una vez más, no ocurre nada. Sin embargo, el alterema es potente: “El semblante es severo, salvaje, casi sombrío [...] Estos rasgos parecen propios de los pueblos destinados a morir y que sienten instintivamente la agonía de su raza” (pp. 112-113). La otredad racial, construida en el texto y mentada varias veces, aparece acá como un denominador común que permite identificar la absorción colonial de las culturas incluso en los rasgos individuales. Porque hay que notar que, aunque Beck-Bernard habla de raza, lo que identifica es una característica circunstancial: que los rasgos de los indios demuestran la consciencia del ocaso de su cultura.

Con respecto a los indios, despliega todo un saber que se construye de manera pedagógica para aquellos europeos lectores que el texto parece prever. Se los nombra: “Llaman *pampas* a los indios del sur de la provincia de Buenos Aires [...] Son más numerosos, más inteligentes y hábiles que los mocovíes de Santa Fe” (p. 177), se los divide en categorías: “Se los llama indios *mansos*, por oposición a los indios *bravos*” (p. 178), y hasta se hace mediar la palabra de un experto, el padre Constancio, del que se transcriben varias páginas de descripciones sobre los indios, anécdotas y hasta una lista de vocabulario comparado en distintas lenguas indígenas (p. 192). Esta intervención aparece como el ejemplo paradigmático de una voluntad estrábica o por lo menos doble y ambigua que cabalga entre el esfuerzo de comprensión y la violencia de la dominación. La traducción, la comparación lingüística y la interpretación son los ejes fundamentales de una aproximación al otro que, en este caso, no puede sino ser también un proceso de captura y de asimilación. Se trata de un cura franciscano nacido en Francia que irrumpe en el texto como una otredad en términos de voz narrativa, pero no en términos de posición del yo en el marco cultural. En ese sentido, cabe hacer en este punto una breve puntualización teórica: al ampliar las categorías de extranjería textual de Brunel (1994), añadimos un factor étnico o cultural que no estaba en la propuesta original. El resultado es que un alterema puede consistir en una palabra extranjera, sin alteridad profunda en el nivel cultural (en el caso de Beck-Bernard incorporando alguna palabra en inglés) o puede presentarse una alteridad radical sin necesidad de utilizar palabras en otro idioma.

Una vez más aparece la resonancia con el pasado europeo, solo que de una forma curiosa. Al ver a los cuerpos de caballería argentinos, entre los que se encontraban indios auxiliares, dice: “Nos representamos así a las hordas bárbaras que invadieron Europa en los primeros siglos de la era cristiana” (p. 176). Es decir,

la otredad del indio no se compara con el otro temporal europeo, como vimos en otros casos, sino con el otro de ese otro temporal: tal es la distancia que parece alejar a los indios de los europeos actuales, además de todas las connotaciones que supone la palabra “bárbaros” en el país de Sarmiento, zona que ha explorado Ferraris (2019). En todo caso, no deja de ser paradójico que aquellos otros lejanos en el tiempo (los pueblos germánicos) sean también, en parte, integrantes de un linaje que alcanza a Beck-Bernard y a todos los habitantes de la Europa Occidental: ese otro radical con el que articula la identificación del indio en realidad participa del yo de un modo flagrante y a la vez inconsciente.

Barabas, pensando en el caso mexicano, propone dos paradigmas sucesivos de consideración de lo indígena, “si en el paradigma colonial el bárbaro podía dejar de serlo mediante la conversión religiosa, en el evolucionista del siglo XIX podía lograrlo por vía de la razón y la educación” (2003, p. 20). No está claro que se pueda ubicar a Beck-Bernard exactamente en alguno de esos dos casos, porque su postura parece ser más bien la de una imposibilidad de realizar esa transformación: “cuando el indio cae en un círculo vicioso de ideas, ya es difícil arrancarlo de él. Pesa sobre su cerebro una especie de inercia fatal y misteriosa que condena su pensamiento a replegarse sobre sí mismo y a no traspasar ciertos límites” (2001, p. 102). Esta imposibilidad de conversión del otro es la que explica que Beck-Bernard quiera ver en la mirada de los indios las trazas de una desaparición ineludible de su cultura (aunque no fuera ella la primera ni mucho menos la última en construir esa interpretación).

LA VOZ DEL TRADUCTOR

Hay una voz que interviene unas pocas veces a lo largo del libro, pero que resulta interesante por cómo interpela a Beck-Bernard de cara a otros lectores que no son ya los europeos, sino los argentinos. Se trata de la voz del traductor, Busaniche, que interviene usualmente para corregir a Beck-Bernard o para precisar lo dicho. El contrapunto es notable porque a la distancia (la traducción es de la década de 1930) abre un diálogo incluso historiográfico, pero en todo caso histórico y permite ver, en un pantallazo, las distintas lecturas de la historia argentina a través de las distintas épocas.

El rol de Busaniche como historiador y traductor de libros de viaje del siglo XIX ha sido analizado en función de distintos factores como su posición en términos historiográficos, su disputa con Carlos Aldao sobre la interpretación de la historia de los caudillos en Argentina y hasta en relación con sus procedimientos de

traducción (Sanfilippo, 2022). Lo que nos interesa en este caso es, para empezar, lo que señalan Fontana y Román con respecto a Busaniche: “se convierte en representante de una función de policía lingüística y cultural” (2011, p. 9). En el caso del libro de Beck-Bernard esto se puede visualizar fácilmente en cuanto la autora opina sobre los procesos políticos que atraviesa la Confederación Argentina mientras ella se encuentra ahí. El traductor llevaba librando una larga batalla (sobre todo contra el mencionado Aldao) de interpretación histórica del siglo XIX en términos regionales, lo que lo llevó a publicar *Estanislao López y el Federalismo del Litoral* en 1927. Según Fontana y Román ese libro es una respuesta a *Los caudillos argentinos* de Aldao, pero esa disputa continuó luego en el campo de la traducción. La batalla es política e historiográfica, pero penetra hasta el territorio del léxico y las decisiones sobre cómo traducir una palabra en particular:

El cambio de foco con respecto a Aldao es evidente: interesa no sólo recuperar episodios que iluminan el pasado argentino sino, también, recuperar en la traducción las palabras precisas con las que la mirada del viajero percibió ese universo (el movimiento es, entonces, inverso al de Aldao, quien buscaba atenuar la extrañeza de esa percepción viajera, para acercar al lector una versión domesticada, acriollada). (2011, p. 9)

Con ese resumen del contexto podemos acercarnos a la primera intervención (quizás la más notoria), la que el traductor realiza en el título. Beck-Bernard había pensado en *République Argentine*, pero Busaniche prefirió Confederación Argentina. Torre ofrece una explicación interesante: habría una intención de recuperar la historia de los caudillos, un tanto bloqueada por la historiografía liberal (2013, p. 34, como se citó en Rodríguez, 2024, p. 17). Szurmuk, desde otra perspectiva, considera que la modificación obedece a que “el término Confederación Argentina [...] es históricamente más exacto” (2007, p. 56). Como se verá en los siguientes párrafos, este diálogo del traductor con su propio entorno a costa del libro de Beck-Bernard será una constante en las distintas notas al pie.

Una primera corrección que introduce el traductor en el libro se refiere al castillo de Belén en Portugal, la cual omití deliberadamente al hablar de esa parte del libro para poder realizar el análisis en esta instancia. Beck-Bernard dice que es un castillo de estilo morisco y el traductor aclara que: “corresponde al estilo arquitectónico llamado *manuelino*, genuinamente portugués” (2001, p. 21). En el juego del nosotros europeo y el nosotros latinoamericano es curiosa esta aclaración que resalta lo autóctono europeo en la corrección de una mujer europea, desde la voz de un americano. El embrollo de otredades se hace más intenso que nunca en

este fragmento, sobre todo porque hubo una gran discusión poco antes de que se realizara la traducción sobre la posibilidad de una influencia mudéjar en la Torre de Belén (Pérez-Embid, 1948, p. 17).

Más adelante, Beck-Bernard afirma que los indios (ese es el vocablo que ella utiliza) llegaron a recibir algunas nociones de cristianismo y en una extensísima nota al pie, el traductor aclara: “recibieron [...] algo más que nociones de cristianismo” (2001, p. 101). Hay una especie de tono de indignación en esta nota, no tanto contra la autora como contra cierta idea de la historia argentina, que se verifica nuevamente. Beck-Bernard habla sobre los intentos por introducir la práctica de la vacunación en Corrientes, relativamente infructuosos, por parte de un doctor Ferré y el traductor interviene: “Desde mucho antes se aplicaba en Santa Fe la vacuna y no fue Ferré quien la introdujo” (p. 117). Esta voz no está dialogando con Beck-Bernard sino con su propio tiempo: hay una disputa nacional del siglo xx de la que ella no puede formar parte. Por eso aparece otra nota al pie corrigiendo lo que Beck-Bernard dice sobre Rosas: “Es bueno recordar que a la autora hicieron creer cuanta burda patraña circulaba en el país sobre la personalidad de Rosas, aun antes de que fueran oficializadas por la historia” (p. 127).

Nuevamente, esta voz, que es un otro de Beck-Bernard, habla a la vez con sus propios otros, con el texto como base de operaciones. Quiere desligarla cuando agrega: “La señora Bernard hablaba de oídas y de perfecta buena fe” (p. 127), es decir, deslegitima el testimonio en cuanto a su contenido, pero no le atribuye intención ilegítima. No ocurre lo mismo con la siguiente nota: “Si tenemos en cuenta que los esposos Beck Bernard estuvieron muy cerca de la familia Cullen, no resulta difícil explicarse los juicios de la autora sobre el general Urquiza” (p. 143). En este caso, Busaniche se posiciona de un modo que abona la tesis de Torre que mencioné antes con respecto al título: al traductor parece molestarle esta preferencia (bastante explícita) de la autora por el mitrismo. Para entender estas intervenciones no hay más remedio que remitirse a la ya mencionada disputa de Busaniche con Aldao y a las distintas interpretaciones sobre el fenómeno del caudillismo en Argentina. En esa contextualización cabe la consideración de los estertores del yrigoyenismo y todo lo que supuso la llegada de los conservadores al poder en la década de 1930.

De cualquier manera, lo que nos interesa de esta dinámica intervencionista es el modo en el que el traductor se constituye en juez del texto original: no ejerce un dominio silencioso e implícito, como suele ocurrir con las traducciones, sino bien explícito. Es un desborde, no puede no decir aquello, aun cuando su rol no lo obligaba a esas correcciones. Busaniche entiende de ese modo el rol del traductor,

atravesado por su condición de historiador: el texto se convierte en un escenario de disputas concretas, completamente a la vista y presentadas como tales. Es un otro que Beck-Bernard no pudo prever, pero que constituye parte de la trama de alteridad que teje el libro a lo largo del tiempo, porque emerge de su discurso como una consecuencia o como un efecto y, curiosamente, queda incorporado al propio texto, al menos en español. Existe, por supuesto, otra traducción de Beceyro, publicada en 2013, que repone el título original e incorpora algunos pasajes que Busaniche omitió. Esta novedad se produjo casi ochenta años después de aquella primera edición en español, gracias a un arduo trabajo de puesta en valor de la palabra femenina por parte de distintos actores sociales, pero sobre todo por el trabajo de las editoriales universitarias y de las investigadoras que se han dedicado al tema. Si, como lo indicaban Fontana y Román en una cita anterior, las traducciones de Busaniche eran un intento por recuperar voces olvidadas por la historia de Aldao, la traducción de 2013 es un intento de recuperar una voz olvidada en tanto voz femenina, traducida en este caso por una mujer.

Sobre las intervenciones de Busaniche, podríamos encontrar un camino de análisis apelando a la teoría bajtiniana del enunciado y haciendo un cruce heterodoxo con la noción de polifonía. En este sentido, dos características centrales del enunciado para Bajtín son las siguientes: por un lado, sus límites están definidos por el cambio de sujeto de enunciación; por otro lado, cada enunciado establece de alguna forma las condiciones de posibilidad para la réplica, es decir, habilita una respuesta posible (1999, p. 264). Claramente podemos establecer un cambio de sujeto de enunciación en el caso de las notas al pie del traductor que son, a su vez, respuestas o en todo caso efectos del texto de Beck-Bernard. Sin embargo, quisiera proponer que, en este caso en particular, esa lógica de propuesta y respuesta, propia de la dinámica dialógica entre dos sujetos (siempre relativamente) autónomos, queda absorbida en un régimen de polifonía más parecido al que rige usualmente en la novela (Bajtín, 1999, p. 262). En otras palabras, que la traducción que realizó Busaniche, hace casi cien años, es una parte constitutiva de la obra de Beck-Bernard, al menos en lo que hace a su lectura en el mundo hispanohablante.

Se trata de una polifonía heterodoxa porque, en su acepción original, el concepto supone la incorporación de voces sociales heterogéneas en el marco de la novela que, además, terminan por constituir una arquitectura singular (Arán, 2006, p. 228). En este caso, la arquitectura polifónica es también polifónica en la enunciación y no solo en el nivel de lo enunciado. Para los lectores (hispanohablantes o más restringidamente, argentinos) el libro es, además de una superposición de voces que Beck-Bernard decidió articular, una superposición de

su voz con esa otra voz que la corrige y la trabaja desde el futuro. Ya no se trata de un enunciado polifónico, sino de una enunciación polifónica.

Visto así, el alterema del traductor adquiere un carácter mucho más radical porque su rol, convencionalmente parasitario del texto original, se transforma en una invasión (humilde, sin estridencias, pero invasión al fin) del yo original. Crolla (2022) ha señalado, además, cómo Busaniche (entre otros) marcó una interpretación por lo menos discutible de la vida de Beck-Bernard a partir de un dato erróneo sobre la muerte de sus hijos. Según esa interpretación, la autora regresó a Europa debido a la muerte de dos de sus hijos en territorio argentino. Los descubrimientos de Crolla y su equipo de trabajo demostraron que al menos una de esas hijas murió ya en Europa, dejando vacante la explicación sobre el regreso a Suiza. La influencia de Busaniche, como se ve, no se limita a este libro, sino a la propia biografía de Beck-Bernard. El otro, el gran otro del libro, que es *lo argentino*, de cualquier modo que se lo defina y de cualquier manera que se considere su heterogeneidad, regresa entonces para apropiarse (parcialmente, de costado, en notas al pie) de aquello que pretende hablarlo. El libro es, finalmente, el otro.

REFERENCIAS

- Aburto, R. (2014). *La tachadura del origen como agente constitutivo del “concepto” de la différence de Jacques Derrida* [Tesis de maestría]. Universidad Autónoma de Querétaro.
- Arán, P. (Coord.). (2006). *Nuevo diccionario de la teoría de Mijail Bajtín*. Ferreyra Editor.
- Bajtín, M. (1999). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores.
- Barabas, A. (2003). Imaginarios de la alteridad: la construcción del indio como bárbaro. *Anuário Antropológico*, 26(1), 9-34. <https://periodicos.unb.br/index.php/anuarioantropologico/article/view/6786>
- Batticuore, G. (2025). Cómo vivir juntos en América. Mirada, intimidad y paisaje en Lina Beck Bernard. *Exlibris*, (14), 31-49.
- Beck-Bernard, L. (1864). *Le rio Parana. Cinq années de séjour dans la République argentine*. Grassart.
- Beck-Bernard, L. (2001). *El río Paraná. Cinco años en la Confederación Argentina 1857-1862* (J. L. Busaniche, Trad.). Emecé.
- Beck-Bernard, L. (2013). *El río Paraná. Cinco años en la República argentina* (C. Beceyro, Trad.). Universidad Nacional del Litoral / Universidad Nacional de Entre Ríos.

- Brunel, P. (1994). El hecho comparatista. En P. Brunel e Y. Chevrel (Dir.), *Compendio de literatura comparada* (pp. 21-50). Siglo XXI Editores.
- Crolla, A. (2022). Mujeres viajeras y escritura (es)trábica en y desde la Argentina: Lina Beck Bernard, Laura Pariani y Cecilia Prenz. *El hilo de la fábula*, 20(23), 63-82.
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Editorial Lumen.
- Ferraris, M. L. (2019). Lina Beck–Bernard y Domingo Faustino Sarmiento en el punto de tangencia. *El hilo de la fábula*, 17(19), 67-81.
- Fontana, P. y Román, C. (2011). Libros en movimiento: ediciones, traducciones y colecciones de viajeros a la Argentina. *Orbis Tertius*, 16(17), 1-18. <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv16n17a11>
- Leerssen, J. (2007). Imagology: history and method. En M. Beller y J. Leerssen (Eds.), *Imagology: the cultural construction and literary representation of national characters. A critical survey* (pp. 17-32). Brill.
- Pérez-Embid, F. (1948). Ideas actuales sobre estilo manuelino y mudejarismo portugués. Edición digital a partir de *Cuadernos Hispanoamericanos*, (1), 111-120. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/ideas-actuales-sobre-estilo-manuelino-y-mudejarismo-portugues/>
- Rodríguez, M. A. (2024). Narradora en viaje: Lina Beck Bernard, el río Paraná y la construcción discursiva de la alteridad. *Pasado Abierto*, (19), 10-30. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/7885/8169>
- Sanfilippo, R. (2022). La traducción de literatura de viajeros en la correspondencia intelectual de José Luis Busaniche (1934-1951). *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 27(1), 93-124. <https://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/12871/411>
- Szurmuk, M. (2007). *Miradas cruzadas. Narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. Instituto Mora.
- Vélez, C. C. (2012). Deconstrucción u otredad en el discurso filosófico. *Versiones. Revista de Filosofía*, (8), 25-34. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/versiones/article/view/10833>